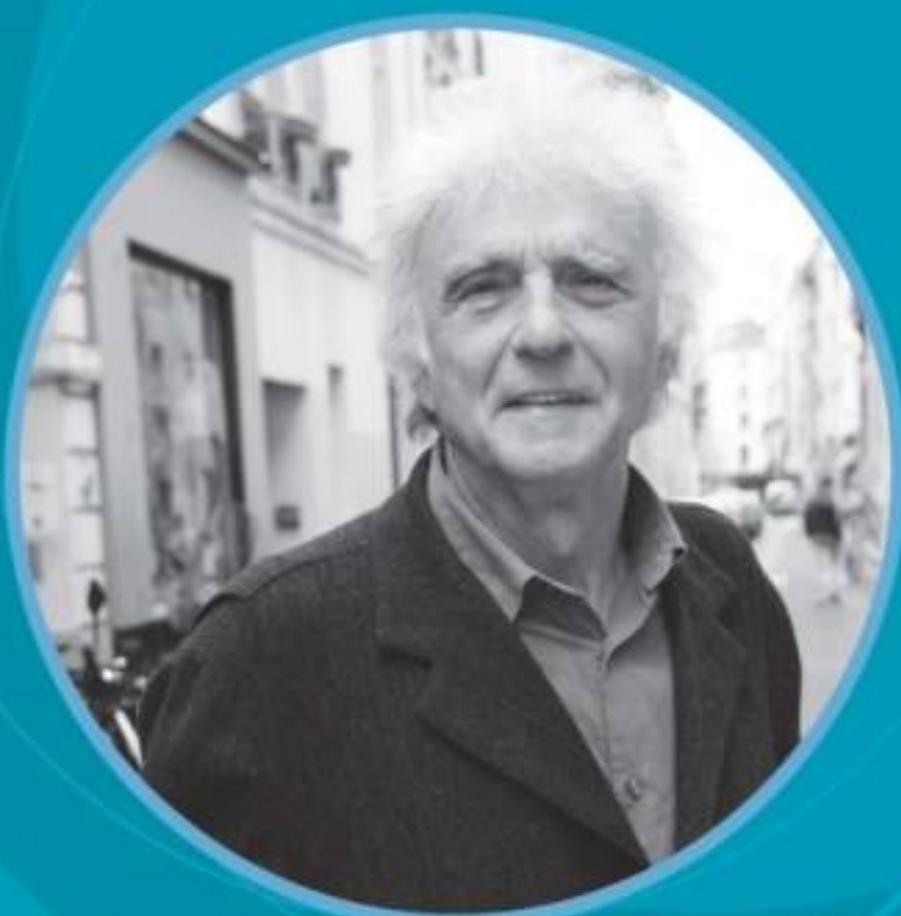


Por una mirada-mundo

Armand Mattelart

Conversaciones con Michel S en ecal



COMUNICACIÓN

*Un recorrido por la trayectoria
de uno de los grandes teóricos
de la comunicación y la cultura*

gedisa
editorial

Armand Mattelart

POR UNA MIRADA-MUNDO

Un recorrido por la trayectoria
de uno de los grandes teóricos
de la comunicación y la cultura

Conversaciones con Michel Sénécal

POR UNA MIRADA-MUNDO

Un recorrido por la trayectoria
de uno de los grandes teóricos
de la comunicación y la cultura

Conversaciones con Michel Sénécal

Armand Mattelart

Traducción de Juan Carlos Miguel de Bustos

gedisa
editorial

Prólogo

El poeta americano Walt Whitman, en su poema «Adiós», escribía: «Camarada, éste no es un libro, / quien toca este libro, toca a un hombre». Esta cita resume en muy pocas palabras el objetivo ambicioso de esta entrevista de largo recorrido; entrevista construida sobre la base de conversaciones, después transcritas, reordenadas y completadas, a través del intercambio de un gran número de correos entre París y Montreal. El objetivo es trazar la trayectoria intelectual y personal de este investigador sin par que es Armand Mattelart, y de visitar, de paso, los diferentes contextos sociales y geopolíticos que han influido en lo que él ha llegado a ser.

Se evoca un recorrido que abarca más de medio siglo, de manera que cada fragmento ilumina, de un modo particular, la trayectoria de la persona en cuestión. Al ser su obra abundante y rica, y al tratarse de alguien realmente original, puede decirse que Armand Mattelart es uno de los mayores pensadores en el campo de los estudios de la comunicación y de la cultura, y, en consecuencia, ha llegado a ser imprescindible y reconocido en todo el mundo. De su carácter internacional, dan fe las numerosas traducciones de sus obras: del inglés al vascuence, del chino al árabe.

A lo largo de esta entrevista, Armand Mattelart vuelve sucesivamente a las premisas epistemológicas de su aproximación al campo de la comunicación. Explica su elección entre las diferentes teorías. Explicita algunos aspectos que son poco conocidos de su trabajo. En cierto modo, cada uno de los capítulos constituye un espacio-tiempo que revela, por un lado, las raíces de su conciencia política, el estado de las relaciones de fuerza en el ámbito internacional, así como los movimientos de ideas en acción, y por otro, la materialidad de su pensamiento y la evolución del campo de estudios interdisciplinarios sobre la cultura y la comunicación.

Nace en 1936 y su infancia está, sin duda, marcada por la segunda guerra mundial, ya que durante estos años, Bélgica, que es su país de origen, vive bajo la ocupación alemana, y su formación escolar y univer-

sitaria transcurre influida por los movimientos de jóvenes católicos, muy preocupados por la miseria del mundo. Precisamente, es durante este período, lo mismo que en muchos países occidentales, que la acción católica se vuelve más laica a la vez que sale de sus fronteras nacionales.

En 1960, se doctora en derecho en la Universidad Católica de Lovaina, el mismo año que el Congo, hasta hace poco colonia belga, obtiene su independencia; y su elección de una especialidad posdoctoral es también una elección geopolítica. La cuestión del desarrollo y del tercer mundo está a la orden del día. Se dirige a París, lugar doblemente decisivo, tanto en su vida personal como en su trayectoria intelectual. Se inscribe en el Instituto de Demografía, en la Facultad de Derecho, fundado ese mismo año académico, con el apoyo de Alfred Sauvy, uno de los teóricos del concepto del tercer mundo. En la Ciudad Universitaria Internacional, en París, conoce a Michèle Henry, quien, a partir de entonces, se convierte en su compañera y en su cómplice intelectual, con la que firmará conjuntamente un buen número de obras.

En septiembre de 1962, es contratado como demógrafo en la Universidad Católica de Chile, en Santiago de Chile; que se convierte en su país de adopción, en el que se quedará durante once años. Llega en un momento en que el debate sobre el desequilibrio entre el crecimiento de la economía y el de la población forma parte de las agendas de las grandes organizaciones internacionales. Las políticas gubernamentales de asistencia de Estados Unidos convierten el control de los nacimientos en un reto estratégico. Sobre el terreno, lo que le preocupa al joven demógrafo son las estrategias mediáticas utilizadas por los expertos de Estados Unidos de cara a persuadir a las mujeres de las clases humildes a utilizar métodos anticonceptivos. Lo que descubre es, en efecto, el resultado de la realidad de la sociología difusionista de las innovaciones, que raya con los métodos del *marketing*. Esta concepción mercantilista de los medios de comunicación y de la cultura de masas se encuentra en las antípodas de su visión, basada en el concepto de servicio público. Es precisamente después de una reflexión sobre el funcionamiento de los medios de comunicación que desplaza su interés desde los estudios demográficos hacia los de comunicación. Estamos en 1967, en pleno período de protestas en todos los campus universitarios del planeta contra la guerra de Vietnam.

Los estudiantes de la «Católica» ocuparon el rectorado, y la primera de sus investigaciones sobre los medios de comunicación estudiaba el tratamiento realizado sobre este acontecimiento, por el diario conservador más influyente de Chile. Esta reorientación del objeto y del campo de estudios discurre a la par que la transición hacia una perspectiva ali-

mentada con aproximaciones basadas en el materialismo cultural. La elección del presidente Allende cambia la situación. No se trata ya sólo de analizar los discursos de la prensa conservadora. Durante los tres años de la Unidad Popular, entre noviembre de 1970 y el 11 de septiembre de 1973 (fecha del golpe de Estado que derroca al gobierno de Allende e instaura una dictadura militar), Armand Mattelart participa, de lleno y de cerca, en los proyectos de reformas de medios y en el desarrollo de políticas de comunicación. Asimismo, colabora también en las numerosas polémicas y controversias que suscita la cuestión mediática y cultural.

Expulsado por la dictadura del general Pinochet, vuelve a Francia, en octubre de 1973, y sería poco decir que la experiencia chilena habrá marcado, de manera determinante su pensamiento y su vida. En el momento del golpe, tenía treinta y siete años y hasta ese momento apenas había publicado en francés. Eso era porque, de forma natural, América Latina se había convertido en su verdadero ámbito de intervención política y científica. Junto con su familia, tuvo que hacer el duelo de aquella aventura social, que fue tan abruptamente interrumpida. Durante los primeros años que siguieron a este exilio forzado, fue enormemente solicitado para comunicar el paso hacia la dictadura de un país y de una cultura que tanto quiso y amó. También tuvo que hacer frente a las diversas eventualidades y problemas que implica su reinserción y la de su familia en aquella nueva sociedad de acogida. Entre los balances que hará del drama chileno, se encuentra uno de talla y de naturaleza excepcionales, que tomó forma en una película documental, *La espiral* (1976), a la que consagró más de dos años de investigación.

Durante el período comprendido entre 1973 y 1983, su trabajo intelectual es el reflejo de la complejidad de este proceso de integración al tejido social y científico francés y europeo. En la producción de esa época se pueden distinguir tres tipos de obras; en el primer tipo están los trabajos que se refieren a la experiencia chilena, como el film mencionado, y que prolongan la reflexión crítica emprendida en el contexto latinoamericano, con el que él guarda una relación muy estrecha; otras obras están relacionadas con los diferentes grupos de trabajo, comisiones o investigaciones encargadas, de las que él asumirá la responsabilidad; el tercer tipo son las obras que persiguen la reflexión, que inició con Michèle Mattelart y que constituyen una especie de trama de fondo del conjunto de sus trabajos. A estos tres tipos, puede añadirse el trabajo del mantenimiento y de la difusión de un patrimonio crítico que traza la vía para la realización, algunos años más tarde, de obras en las cuales las perspectivas histórica y geopolítica serán esenciales.

Después de diez años de contratos de enseñanza y de investigación,

con resultados concretos y reconocidos, que de hecho correspondían a un estatuto de *free lancer*, Armand Mattelart, a finales de 1983, llega a ser catedrático en Ciencias de la Información y la Comunicación, en la Universidad de Rennes-2. Será el director del departamento Infocom y pondrá en marcha la formación doctoral así como el Centro de Estudios y de Investigaciones sobre la Comunicación y la Internacionalización. Desde entonces, sobre una base institucional permanente, pudo desarrollar su pensamiento, y se entregó tanto a la creación y a la consolidación de programas de enseñanza como a la elaboración de un programa de investigación personal, centrado en la investigación genealógica y geopolítica de la historia de la comunicación-mundo, una noción que forja, inspirándose en el tiempo-mundo de Fernand Braudel, para así dar cuenta de la complejidad y de la interacción de estas dimensiones. Estará catorce años en Rennes, hasta que en 1997 se traslada a la Universidad de París-8 (Vincennes/Saint-Denis), donde pone en marcha el Centro de Estudios sobre los Medios, las Tecnologías y la Internacionalización (CEMTI).

En sus publicaciones e intervenciones científicas, prosigue durante estos años las pistas e intuiciones que él mismo forjó desde el inicio de su carrera. Interviene sobre temas específicos, que siempre tienen en común las dimensiones políticas, económicas e ideológicas similares, cuando no muy próximas, como las que caracterizan a los medios de comunicación de masas, a la publicidad o a la producción audiovisual. Asimismo, continúa sus trabajos con Michèle Mattelart sobre las transformaciones de los paradigmas que están a punto de materializarse en el campo de los estudios en comunicación. A la vez que subraya la riqueza de los cambios, muestra las ambigüedades. Y se dedica de manera más intensiva a la profundización genealógica y geopolítica de las ideas, de las corrientes, de las escuelas y de los conceptos, que dan como resultado la comunicación, tal y como es pensada y practicada hoy en día, con todos sus potenciales, sus límites y sus contradicciones.

Otra característica de su producción que merece ser señalada es la de la preocupación pedagógica que ha desarrollado en las publicaciones dedicadas específicamente al mundo académico, lo cual constituye en sí una manera de continuar su trayectoria crítica, no sólo en relación con la comunicación, sino también en relación con el modo en que ésta se enseña. Esta doble preocupación está presente, como si fuera una filigrana, en el conjunto de sus publicaciones, pero aparece de manera más cristalina en sus obras escritas, destinadas a intervenir en la formación de jóvenes generaciones de investigadores y de profesionales de la comunicación. Aunque se jubiló como catedrático en la Universidad de París-8, no por ello deja de estar activo. Si continúa su trabajo peda-

gógico, es porque esta actividad se corresponde con su calidad intrínseca del profesor-investigador que siempre ha sido; también atestigua la importancia que él da a esta actividad, que es consecuencia de su forma de concebir la dialéctica entre trayectoria investigadora y compromiso ciudadano.

En el contexto actual de la mundialización, en el que se multiplican los encuentros internacionales sobre los retos de la comunicación planetaria y de sus relaciones con el estado de la democracia, las obras históricas y geopolíticas de Armand Mattelart constituyen una sólida referencia, especialmente las consagradas a los actores y a las estrategias en las sociedades contemporáneas. En todo tipo de reuniones colectivas, sean éstas conferencias científicas o foros sociales, nos demuestra, de manera tangible, que es posible e incluso deseable, conjugar al mismo tiempo historia y presente, teoría y práctica, lo local y lo supranacional. Se trata, según él, del desafío que debe estar presente en todo proyecto de construcción de una historia plural de modos de producción, de circulación y de recepción de los dispositivos internacionales de comunicación y de información.

La larga entrevista que sigue a continuación, y a la que se ha prestado tan libremente, contribuye a la consolidación del patrimonio intelectual producido por Armand Mattelart y compartido con muchos estudiantes y colegas, durante más de cuatro decenios, y cuya prolongación está, sin lugar a dudas, asegurada, ya que tanto la persona como su obra han marcado, en todas las latitudes, a generaciones de investigadores y de profesionales de la comunicación.

MICHEL SÉNÉCAL

Profesor en TÉLUQ Université du Québec

1

Un horizonte cosmopolita

Imaginario de la ocupación

Me comentó que fue un niño de la guerra. ¿Qué es lo que entiende por eso?

En mi niñez, mi imaginario estuvo marcado por el período de la Segunda Guerra Mundial. Cuando, en mayo de 1940, las tropas del Tercer Reich hicieron entrada en el pueblo en el que mi familia habitaba, en Boussu-lez-Mons, en Bélgica, no lejos de la frontera francesa, yo no tenía más que cuatro años y unos pocos meses. No obstante, dicho recuerdo me quedó grabado. Estaba sentado con mi abuelo materno, en la plaza Mayor. A la vista de los tanques y de los soldados alemanes, vi revivir en él, generalmente poco locuaz, la memoria de una generación que, entre agosto de 1914 y el 11 de noviembre de 1918, había experimentado la misma agresión y que había sufrido numerosas vejaciones causadas por el ejército de ocupación; se trataba de unas fuerzas armadas especialmente brutales. Y esta memoria era aún más viva como consecuencia de haber sido artillero de fortaleza y uno de los pocos supervivientes de su casamata de haber sido intoxicado de por vida por un gas utilizado en la guerra e internado durante más de cuatro años en el campo de prisioneros de Soltau, en La Baja Sajonia. El me impidió recoger los caramelos que los soldados lanzaban, con el pretexto de que estaban envenenados.

La invasión de Bélgica —a pesar de su neutralidad, a diferencia de Gran Bretaña y de Francia, que habían declarado la guerra a Alemania desde finales de 1939— fue una guerra relámpago, una *Blitzkrieg*; por tierra, mediante las divisiones de carros de asalto, los Panzer y con el apoyo masivo de la aviación. A la inversa de su padre Alberto I —el rey-soldado, que, entre 1914 y 1918, resistió a la ofensiva alemana, junto a

sus tropas en el frente del río Yser, en el norte de Bélgica—, el rey Leopoldo III (1901-1983) capituló sin condiciones. El ocupante le asignó residencia en su castillo de Laeken. Mientras tanto, en Londres se reconstituye un gobierno en el exilio y numerosos militares expatriados se integran en las fuerzas británicas o canadienses. Los primeros recuerdos de la guerra los constituyen las familias en ruta hacia el éxodo. Para quienes, como mi madre, que se quedó sola con sus hijos, a raíz de la movilización de mi padre, lo cotidiano era acudir al refugio situado en la bodega a cada alerta. Otros recuerdos eran los soldados franceses, que entraron en territorio belga para atacar por la retaguardia a la ofensiva alemana y que exhortaban por los tragaluces para que los niños se callasen. Era el ensordecedor ruido de los cazas *stukas* cayendo en picado.¹ Era la retirada de las tropas francesas y de la desbandada del Ejército belga. Era mi padre movilizado, que consiguió escaparse de la cautividad, entrando en casa, negro por el polvo y vestido como un mendigo. Y, después, durante los meses de junio y de julio, el recuerdo era el espectáculo de las columnas de prisioneros franceses que el ocupante dirigía hacia los campos de prisioneros, en Alemania. Era la primera vez, en mi vida que, veía hombres de piel negra entre los prisioneros, fusileros de las colonias del Imperio francés.

¿Qué otros recuerdos guarda de los primeros momentos de la invasión?

El invasor era la imagen que mi abuelo materno me había transmitido de las tropas alemanas entrando en Boussu. Pero algunas semanas más tarde, una columna alemana se instaló en nuestra calle para hacer la comida. Arrastraban pequeños remolques enganchados a los camiones y equipados con grandes cazuelas, donde hacían la sopa, y en donde los soldados venían a llenar sus tarteras. Esta cantina ambulante estaba justamente estacionada delante de nuestro domicilio. En esa época yo tenía la escarlatina y no podía salir de la habitación, situada en el primer piso, con vistas sobre la calle. Tenía por tanto una vista vertical sobre la persona que preparaba y distribuía estos alimentos. A su vez, éste podía también verme. Mientras, pegada la nariz al cristal, musitaba un eslogan publicitario muy conocido en esa época, en la que se hacía sentir la penuria del café: «achicoria Pacha, quien la ha bebido la beberá». El marmitón me vio, sonrió e hizo un ademán con la mano. Evidentemente no me oía, pero mis gestos le habían agradado. Durante un breve instante, me había mostrado que era una cosa distinta de un agresor, que había en él algo de humano. Necesité cierto tiempo para interiorizar este antagonismo de amigo/enemigo. No lo entiendes, pero al mis-

mo tiempo percibes que hay algo esencial que está a punto de suceder.

¿Y cómo era la vida cotidiana en este período de ocupación?

Para el niño que yo era, el universo de la ocupación estaba constituido, en primer lugar, por las incursiones de los bombarderos aliados, la ocultación de las fuentes de luz, el ulular de las sirenas, el ruido de los disparos de las defensas antiaéreas, el sobresalto en plena noche y la búsqueda de protección en los sótanos y en los refugios. Y, a veces, a la mañana siguiente, observabas con atención las esquirlas o los pequeños fragmentos de metralla proyectados en el jardín o en el patio de la casa, e incluso, a veces, en los campos, la carcasa de una fortaleza volante angloamericana, abatida por la noche, que había hecho un gran cráter, mientras ingenuamente te preguntabas qué habría pasado con la tripulación. Por el contrario, no existía la posibilidad de franquear la zona de seguridad cuando era un caza alemán el que se estrellaba contra el suelo. Alarmas, la verdad es que hubo muchas. Porque, entre 1940 y 1944, vivía en dos lugares, situados no lejos de objetivos considerados estratégicos, como eran los nudos ferroviarios y los campos de aviación. Estaban también tanto las noticias como los rumores sobre los deportados y sobre las tomas de rehenes como consecuencia de las represalias que el ocupante ejercía contra las acciones de la Resistencia. Y los *rexistas*, colaboradores valones dirigidos por Léon Degrelle,² pavoneándose con sus uniformes. Eran tiempos de racionamiento y de privación, y de los que se aprovechaban del estraperlo; y la imagen de mi madre volviendo, en bici, después de ir a una granja, con un kilo de mantequilla, indignada por el precio desorbitado que había tenido que pagar.

¿Existen imágenes de la guerra más impactantes que otras de las que se acuerde?

Las únicas imágenes de la guerra que transcurría fuera de las fronteras, a las que yo tenía acceso, eran construidas a través de la censura y de la propaganda del ocupante, las actualidades cinematográficas, si bien, en mi caso, éstas eran esporádicas, porque los lugares en los que yo vivía estaban relativamente poco expuestos a este tipo de medio. Hacía falta desplazarse hasta una gran ciudad, en nuestro caso Mons, para así poder asistir a las salas de cine. Y a éstas, mis padres iban poco. Las imágenes, eran sobre todo las que aparecían en *Signal*, la revista bimensual de actualidades y de propaganda alemana, lanzada en abril de 1940, un mes antes de la invasión. *Signal* era elaborada por los corres-

ponales de guerra (periodistas y fotógrafos) de la «Propaganda Kompanien» (PK), con presencia en cada rama del Ejército, y se editaba en 25 lenguas, circulando en todas las zonas ocupadas. La edición se imprimía en los talleres locales. Así, por ejemplo, en francés, se imprimía en los talleres de Ediciones Hachette. Es en esta revista que vi los reportajes fotográficos, en color, sobre el Afrika Korps y la campaña del mariscal Rommel³ en Cirenaica (África del norte), y sobre la campaña llevada en Rusia por el general Guderian.⁴ Si recuerdo el nombre de estos dos jefes de la guerra es porque, a menudo, ellos aparecían en la mencionada revista, y lo hacían de un modo heroico. Aparte de los personajes de este tipo, lo que me impresionaba era el despliegue del arsenal tecnológico. Y más particularmente, el relacionado con la aviación, los carros de combate y los submarinos. A veces también ciertas imágenes de *Signal* encontraban su antídoto en canciones, como en el caso de las relativas a la línea Siegfried, que era la línea de defensa alemana, de unos 630 kilómetros, que discurría desde la frontera de Holanda a la de Suiza. Se trata de un refrán que, siendo un niño, cantaba por lo bajo y que me acompañó durante toda la guerra, mientras esperaba la Liberación: «Nosotros iremos a colgar nuestra ropa en la línea Siegfried...», o como aquella otra, salida del music-hall: «It's a long way to Tipperary. It's a long way to go...» (Hay un largo camino hasta Tipperary. Hay un largo camino para llegar...). Eran las generaciones anteriores las que nos las habían transmitido, después de haberlas entonado, durante la Primera Guerra Mundial.

Era el descubrimiento también de medios clandestinos para obtener información. Mis padres escuchaban las emisiones de la BBC en francés, cada tarde, y eso a pesar de que las autoridades alemanas acosumbraban interferir las ondas, buscando a la vez identificar las casas de familias que trataban de escuchar esta radio, así como otras. Al principio, no había más que la BBC. Después, en 1942, vinieron a sumarse las emisiones de la Voz de América.⁵ Lo que más me intrigaba de la BBC era la letanía de mensajes sibilinos destinados a los movimientos de la Resistencia, de los cuales uno me ha quedado grabado: «Rosemire tiene barba». Evidentemente nunca he sabido lo que este mensaje en clave significaba, pero para mí, que no conocía más que una Rosemire, la jovencita que vivía en la granja de enfrente, y que evidentemente no tenía barba, esos mensajes hacían que diera curso libre a mi imaginación. Lo mismo me sucedía con el nombre de las estaciones de radio extranjeras inscritas sobre el aparato de radio, pero que permanecían mudas cuando intentaba sintonizarlas. Durante toda la guerra, estos nombres me hacían fantasear porque evocaban sitios lejanos, sin

que supiera situarlos realmente en el lugar donde estaban. Hilversum (la actual Radio Holanda) o Athlone (la radio irlandesa) eran para mí tan lejanas y misteriosas como Radio Argelia o Radio Rabat.

En junio de 1944, algunos meses antes del desembarco en las playas de Normandía, los aviones ingleses y americanos lanzaron pequeños diarios en papel biblia coloreado titulados *El Arcoiris*, *América en Guerra*, *El Correo del Aire Ilustrado*, etc., conteniendo fotos, balances, mapas de los frentes, instrucciones destinadas a los habitantes de las zonas de combate, y horarios de las emisiones de la BBC en francés y de la Voz de América. Lo que me atraía eran los mapas en colores, con las flechas que indicaban la progresión de las tropas. Recogíamos estos diarios venidos del cielo en los jardines y en las praderas, intentando no ser atrapados por el ocupante. En el pie de página aparecían frases como: «Ofrecido al pueblo belga por la aviación de las Naciones Unidas», «Ofrecido por las fuerzas aéreas libres», «Ofrecido al pueblo belga por el Ejército del aire americano». A la muerte de mi madre, en septiembre de 2002, encontré, en los archivos de mi padre, tres de estas minigacetitas que habían caído en nuestro jardín. Mi padre las había conservado en el interior de un sobre que contenía la inscripción: «Recuerdos preciosos 1940-1945». Junto con ellas, había un ejemplar de la prensa clandestina, impreso por la Resistencia. Pero de la existencia de esta prensa nunca me hablaron mis padres; tampoco a mi hermano ni a mi hermana.

Mi afición a las películas de guerra, a la historia de la Resistencia y a las obras de geoestrategia no es ajena a mis vivencias del conflicto cuando era un niño. Justo después de la guerra, las historias relativas a este período circularon sin cesar en las publicaciones para jóvenes. En lo relativo a películas, recuerdo particularmente dos que vi con mis compañeros de colegio: *Eran cinco hermanos* (*The Fighting Sullivans*), de Lloyd Bacon (1944), con Anne Baxter, que se estrenó en las salas de Bélgica el último trimestre de 1945, y donde se cuenta la historia de una familia de Iowa cuyos cinco hijos se enrolan en la flota naval norteamericana —La US Navy— y que perecen en el Pacífico, al lado de Guadalcanal; otra era *El zorro del desierto* (*The Desert Fox*), sobre el Mariscal Rommel con ocasión de la batalla de El-Alamein, de Henry Hathaway (1951), con James Mason en el papel principal.

¿Cómo fueron los momentos de la Liberación?

En primer lugar, estaban los días que precedieron al Día D.⁶ El flujo incesante de las columnas alemanas que se batían en retirada, a pie, en camión, o en carro tirado por caballos, con armas y equipaje; a veces

también con heridos, como consecuencia de enfrentamientos con los resistentes de la región y de la escasez de ambulancias en medio de tanta debacle. Su odio, visible cuando uno osaba mirarles por la ventana, al pasar, iba a la par con su humillación. Bélgica fue liberada por combatientes de múltiples nacionalidades: americanos, ingleses, canadienses, polacos, franceses, e incluso por una brigada belga, integrada en la armada británica. En particular, nuestra región, fue liberada por las tropas norteamericanas, bajo el mando de los generales Bradley (1893-1981) y Patton (1885-1945); siendo este último un militar cuya cultura era más la del *western* que la de West Point.⁷ Incluso diseñaba sus propios uniformes. Era un personaje extremadamente popular, cuya prematura muerte, en diciembre de 1945, en un accidente de circulación banal, apareció en la primera página de las revistas belgas de actualidad. Incluso hoy me vienen las imágenes. Cuando los tanques entraron en mi zona, durante los primeros días de septiembre de 1944, la mayoría de los alemanes había huido. Pero en Mons, a unos doce kilómetros, habían resistido y la batalla había sido violenta.⁸ Tenía poco más de ocho años y medio. Mi madre, en previsión de este día de la victoria, había confeccionado para mi hermano, para mi hermana y para mí un blusón de colores diferentes; rojo, amarillo y negro, que son los tres colores de la bandera belga. Y, a la altura del corazón, ella había cosido un pequeño estandarte. Para mi hermana, sobre el blusón rojo, era el estandarte británico; para mi hermano, sobre el amarillo, el francés, y para mí, sobre el negro, la enseña con barras y estrellas. Y cuando llegaron los soldados norteamericanos, nos alineó en el umbral de la casa. Una bandera viviente.

La palabra «Liberación» adquiriría un significado enorme, dado que ponía fin al universo cerrado y lleno de privaciones correspondientes a los años de la ocupación. Con los GI⁹ penetraba un tipo de *modernidad*. Un término que evidentemente no he conocido hasta mucho más tarde. Y esta modernidad estaba constituida por múltiples signos. Los más visibles eran los productos con los que los GI desembarcaban: la goma de mascar, la botella de Coca-Cola, los cigarros Chesterfield o Camel, los bolígrafos que relegaban los plumines al fondo de las estanterías... Ellos portaban todas las cosas de las que la guerra nos había privado: el chocolate negro, el pan blanco, las naranjas de Florida, etc. El *battle-dress* (el uniforme de combate con el que soñaban todos los niños de mi edad), el Jeep, la Harley-Davidson y tantos otros objetos, que se convertirían después en clichés de lo norteamericano. Los GI que estacionaron en mi ciudad tenían a todos los niños en derredor, sin que eso les incomodara. ¡Aún me veo corriendo detrás de ellos! Había

entablado amistad con un soldado que respondía al nombre de Everett, y del que nunca supe sus apellidos. Ellos fraternizaban con la población. En esa época, yo conocía de memoria las insignias de los grados y los emblemas de las divisiones y cuerpos del Ejército. Este amigo efímero me había regalado un pequeño documento en colores con todas esas informaciones. El comportamiento *cool* de estos militares —incluso su manera de llevar el uniforme de campaña lo atestiguaba— suscitaba la simpatía. Contrastaba enormemente con el de los alemanes. Bajo mi mirada infantil estaban los botines de los soldados y de los oficiales norteamericanos y las botas enceradas de los oficiales prusianos. Con esta visión no hacía sino ponerle cara a la expresión «un país bajo la bota». Para mí, las botas de los oficiales alemanes eran más que un mero símbolo, ya que mi familia había sido obligada a albergar a uno de estos militares impecablemente vestidos en nuestra gran casa familiar.

En septiembre de 1944 descubrí otro mundo. Y este mundo, no podía, literalmente, sino fascinarme. Era la primera vez que conocía como amigos a otras personas venidas de otro lado. Uno de estos encuentros, de los que me acuerdo, es el de un conductor de camión afroamericano, que después del mediodía llamó al timbre de la casa y me hizo entender que necesitaba un poco de agua para lavarse las manos. Su camión se había averiado y había intentado repararlo. En agradecimiento, me regaló una docena de naranjas, de la marca Sunkist, que llevaba con él. Al día siguiente, nosotros debíamos viajar para visitar a mis abuelos maternos, y llevé la mitad de ellas como presente. Me molestó sobremanera que no prestaran atención a este regalo que venía de tan lejos y que a mí me parecía tan raro. Lo cual indica el desajuste en relación con la percepción que yo como niño tenía de la novedad.

Apenas liberada, Bélgica fue el objetivo de un contraataque de las tropas alemanas. ¿Tiene algún recuerdo de este hecho?

Apenas tres meses después de la Liberación, la amenaza de un retorno del ocupante se hizo realidad. Sin esperar más, las gentes de la ciudad retiraron las banderas, ante el temor de que los alemanes volvieran y tomaran represalias. Desde mediados de diciembre de 1944 y finales de enero de 1945, el Ejército alemán intentó una incursión hacia el Mosa,¹⁰ buscando repetir la misma operación que le había permitido, en 1940, abrir una ruta hacia Francia: es la «ofensiva Von Rundstedt»¹¹ y lo que se ha denominado la batalla de las Ardenas, en la región limítrofe con Alemania y el gran ducado de Luxemburgo. La angustia hizo presa en la población; angustia mayor aun como consecuencia de que